



MUSICA RUSA

Por Emilio Bonelli García-Morente

En dos ocasiones recientes he escuchado música rusa en el Auditorio de Madrid, ambos conciertos organizados por Ibermúsica.

Confieso mi debilidad por la música rusa y en general por el arte ruso. Rusia es una nación apasionante desde el punto de vista artístico y también desde otros puntos de vista como el sociológico, e incluso el religioso, y mucho más unida a España de lo que su lejanía en Europa pudiera hacer suponer; sin perjuicio, claro está, de obvias diferencias políticas, hoy mucho menos que antaño, y que, según parece y Dios lo quiera, están en trance de desaparición.

De las numerosas ciudades europeas que conozco, una de las que más me ha impresionado es San Petersburgo, que actualmente se la conoce con el feo nombre de Leningrado.

Es una ciudad a la vez monumental y mágica, con una luz que no parece de este mundo, quizá por su latitud. Original, sobre unas islas en el Báltico, como Estocolmo, más moderna pero por ello mejor trazada.

Sus monumentos y palacios son numerosos, si bien la Iglesia Smolnyj, de blanco, oro y turquesa, destaca sobre todas las demás. El Museo L'Ermitage contiene la mejor colección de pinturas del mundo, detrás, por supuesto, del Prado.

En su Teatro Kirov se puede oír y ver música sinfónica, ballet, ópera, de todo... Yo he vis-



Chaiovski

to allí, por ejemplo, *La Traviata* (por cierto, cantada en ruso, que es manera de educar al pueblo que éste escuche estas obras en la lengua vernácula).

El pueblo ruso... ¡tan bien representado en su música! ¿O acaso *Boris Godunov* no es la ópera del pueblo ruso? Lo mismo cabría decir de la ópera *1812* de Tchaikovsky o la cantata *Alejandro Nevsky* de Prokofiev.

Una de mis hijas, sumamente culta a sus veinte años, tiene a este compositor por su predilecto y está siempre —y especialmente este año del centenario— escuchando sus sonatas, sus sinfonías, sobre todo la quinta, el ballet *Romeo y Julieta*, sus óperas...

El primero de los conciertos se lo oímos a la Filarmónica de Leningrado, y al frente su director titular, Yuri Temirkanov, en

el programa *Petrushka*, de Stravinsky, y *Manfred*, de Tchaikovsky.

Aspecto pasional

Las orquestas rusas tienen una forma peculiar de interpretar la música, especialmente la suya (también se nota enseguida, ciertamente, si la orquesta es británica o alemana).

Los músicos rusos interpretan a sus autores sin ocultar —antes bien, poniéndolo de relieve— el aspecto pasional, a veces incluso brutal, que el pueblo pone en su música. En la medida en que la música tiene una raíz popular, y la tiene efectivamente, esta característica de los rusos se manifiesta con absoluta claridad en la música y también, lógicamente, en su interpretación.

El director representa, si se quiere, lo que estamos diciendo.

MUSICA

Pone un alma especial en la dirección; tal vez le sobre alguna gesticulación excesiva. En todo caso, la orquesta sonó de una manera maravillosa.

Petrushka es, como se sabe, un ballet en el que se nota la influencia de Debussy; el ritmo es la columna vertebral de las frases musicales, del discurso musical; pero, al estar muy apoyado en el folklore del país, es muy original, como las otras composiciones del autor en aquellos años: *El pájaro de fuego* y *La consagración de la primavera*.

Manfred es una sinfonía poco conocida y algo diferente de aquellas otras de la misma época de su autor. Tal vez menos «eslavas» que la quinta y la sexta, con un final poco brillante y espectacular; si se nos permite, no responde tanto a las características de Tchaikovsky. Probablemente por eso su fama no ha alcanzado las cimas de las otras. Un concierto, en suma, grandioso y parcialmente original.

Tono y mesura

La segunda orquesta en delictarnos con música rusa fue la llamada Filarmónica Soviética, admirablemente dirigida por su titular, Gnaty Rozhdstvensky.

Todo lo dicho de la anterior orquesta, y también de su director, es aplicable a ésta y a éste; si cabe, aún más; una cuerda absolutamente perfecta y una fuerza admirable en sus instrumen-

tos de viento, sin perder nunca el tono y la mesura que comunicó el director.

En la primera parte oímos una obra española, *Tiento del primer tono* y *Batalla imperial*, de Cristóbal Halffter, inspirada en las dos obras citadas de Cabezón y Cabanilles, respectivamente. Yo no había oído la obra y debo confesar que es una maravilla. Una orquestración extraordinaria, propia de nuestro compositor contemporáneo, que ha dado tantas pruebas de su gran capacidad de orquestración. La orquesta la interpretó espléndidamente y el éxito fue enorme.

A continuación escuchamos dos composiciones clásicas de la música rusa: el *Tercer concierto para piano y orquesta*, de Rachmaninov, y el segundo acto del ballet *Cascanueces*, de Tchaikovsky.

El concierto de piano fue interpretado por Victoria Postnikova. Esta señora hizo una auténtica creación de esta larga obra, cuya primera parte, tan extensa, no resultó morosa en ningún momento.

Sobre *Cascanueces* ya está todo dicho. No fue la conocida *suite*, sino el segundo acto completo, tal cual se escribió, el que escuchamos. Por más que uno los oiga una y otra vez, asombran las famosas danzas española, árabe, china y rusa. Una conexión más hispano-rusa: la pandereta de esta última danza. La vibración de los aficionados se sentía en la sala.

De propina, el maestro Gnaty Rozhdstvensky nos obsequió con una versión sumamente original del *Tango* de Albéniz, en extraña orquestración al estilo ruso.

En suma, quedamos los melómanos encantados de estas dos veladas de música rusa (hubo dos más, a las que no asistí). Un acierto pleno de los organizadores de la temporada 1990-1991, Orquestas del Mundo, de Iberoamérica. ■

Emilio Bonelli García-Morente es abogado del Estado.



Gustav Mahler dirigiendo

ZUBIN MEHTA EN MADRID

Por Ernesto García-Manso Duperier

Bajo el patrocinio de Ibero-música, se presentó de nuevo en el Auditorio Nacional de Madrid la Orquesta Filarmónica de Israel, dirigida, como tantas veces, por el hindú Zubin Mehta, con un programa compuesto por la *Sinfonía Praga* de Mozart y la *V Sinfonía* de Mahler. La orquesta —sin ser una de las primerísimas— es una muy buena orquesta, y el director es uno de los grandes maestros del momento. Sin embargo, en virtud del prestigio universal de ambos, la versión de la sinfonía mozartiana nos produjo una cierta decepción. Desde los primeros compases se percibía que al sonido le faltaba el especial encanto de Mozart; que la gracia infinita del genial austriaco brillaba por su ausencia, de suerte que, a la postre, fallaba el matiz, característica sustancial de la obra del maestro de Salzburgo, sin el cual su música deja de ser o se convierte en otra música.

Pero vayamos pronto a la sinfonía de Mahler. La batuta que antes parecía agrotada se mostraba ahora elástica y flexible hasta lo inverosímil, y la orquesta, antes adormecida, despertaba prendida en ella. El director se había transfigurado. La orquesta, por su parte, vol-

vía a ser el extraordinario conjunto que en realidad es. La cuerda se mostraba, en el famoso *allegretto*, compacta, densa, pristina, y Mehta conseguía emocionantes *vibratos*, así como maravillas de gran virtuosismo en el *rondó* final. Y en los *tutti*, con el metal sonando redondo, empastado como en toda la sinfonía, logró plenitudes sonoras tan difíciles de conseguir.

Alma Mahler consideraba esta sinfonía como «su» sinfonía. Nos cuenta que durante el único tiempo Gustáv la mantuvo sólo para ella, que juntos la cantaban y tocaban al piano. Aquel amor entre Gustáv y Alma —en el que los momentos de serenidad se sucedían con las tormentas, las pasiones con la calma, incluso con instantes pueriles, que también abundan en el amor— es lo que Mahler refleja en esta sinfonía, más que en ninguna otra. Mehta, cuyas cualidades son reconocidas mundialmente, con la colaboración entregada de una gran orquesta, ha logrado una versión impresionante, recreando por los mejores caminos del arte el espíritu de la *V Sinfonía*... tan completa... tan bella. ■

Ernesto García-Manso Duperier es abogado.